

CIRCULAR NÚMERO 2
12 de septiembre de 1997
Fiesta del Santo Nombre de María

DAVID JOSEPH FLEMING, S.M.
Superior General y Misionero Apostólico,
a todos los Hermanos de la
Compañía de María

NUESTRA VITALIDAD EN LA MISIÓN

Queridos hermanos:

En el día de nuestra fiesta patronal volvemos a recordar todos los años que "en nombre de María y para su gloria abrazamos la vida religiosa". Me llena de alegría en esta ocasión dirigiros unas palabras de ánimo y estímulo a todos los que estáis trabajando en nombre de María en treinta países del mundo.

Durante mi primer año como Superior General he tenido el privilegio de visitar, aunque haya sido brevemente, más de veinte de esos treinta países y hablar a los marianistas que buscan resolver, con espíritu creativo, los retos de la misión, teniendo que contar con una enorme variedad de circunstancias ambientales.

La vitalidad de nuestra motivación frente a la misión es el tema sobre el que quiero reflexionar con vosotros en esta circular. Además, me ha movido centrarme en este tema la celebración este año de dos acontecimientos que nos invitan a reflexionar sobre los motivos más profundos de nuestra vida y misión.

El "Año de Jesucristo"

A lo largo de 1997, como preparación al Gran Jubileo del nuevo milenio, el Papa Juan Pablo II nos ha pedido prestar la máxima atención a la persona de Jesucristo, plenamente humano, integrado en nuestro mundo, que está lleno de belleza, pero también cargado de problemas; y, al mismo tiempo, plenamente Dios, fuente de nuestra vida y salvación. Para nosotros, marianistas, Jesucristo es el centro de la espiritualidad encarnada en nuestro carisma. "Nuestro fin es llegar a la conformidad con Él y trabajar por la venida de su Reino". (Regla de Vida, art. 2). En unión con la Iglesia universal, este año de renovación de nuestra entrega a Jesús y a su misión en el plan salvífico de Dios, también renovamos nuestra fidelidad a nuestra vocación de seguir al "Hijo de Dios, hecho Hijo de María para la salvación de todos".

Jesús inició una misión que continúa siendo nuestra finalidad y empeño dos mil años después. Vemos en su vida un compromiso y una entrega, que exigía todo de él, a enseñar, curar y dar la libertad a los demás, una entrega hasta su muerte en la cruz. El testimonio escrito de la Iglesia primitiva no deja lugar a dudas de que era una comunidad de discípulos abrasados por un fuego interior, llenos de la energía que les daba un gran sentido de urgencia. Los cristianos de las primeras iglesias estaban llenos de dinamismo a pesar de todos sus problemas, confusiones, y hasta facciones partidistas. Heredaron del Señor lo que hoy llamaríamos "un proyecto misionero" que los movía a proclamar el mensaje con una urgencia

que los llevó a lugares y grupos sociales, para entrar en los cuales, aparentemente, carecían de toda preparación, a predicar a menudo a oyentes que se negaban a escucharlos. Siguiendo el ejemplo de Cristo, sentían que el mensaje tenía que ser escuchado, aunque fuera mucha la oposición con la que tuvieran que enfrentarse, y no les importaba el gran coste personal que supusiera la proclamación del mensaje. Estamos a punto de celebrar el segundo milenio del movimiento que Él echó a andar por la gracia de Dios y por su propio ejemplo, y que fue extendido por el inagotable dinamismo y decisión de sus discípulos.

El Bicentenario de Zaragoza

Se da otro hecho que también nos invita a centrar nuestra reflexión en la vitalidad misionera. Dentro de unas cuantas semanas viviremos la conmemoración de un importante bicentenario. Hace exactamente doscientos años, en el verano de 1797, las circunstancias políticas permitieron al Venerable Padre Chaminade, durante un lapso de tiempo breve, vivir su vocación misionera de una manera fácil y a plena luz del día. Al fin se sentía libre para cimentar las nuevas bases de la práctica de la vida cristiana en Burdeos, abriendo su oratorio, juntando a los jóvenes, animando la vida sacramental después de los años negros del Régimen del Terror, ayudando a los sacerdotes que no habían defendido con valentía su compromiso con la Iglesia, a reconciliarse con ella. Pero en septiembre, una nueva convulsión política borró de un plumazo todo aquél su maravilloso trabajo y le colocó en el punto de mira de la persecución. En esta ocasión no pudo ocultarse, y se vio obligado a pasar tres años de retiro forzoso en Zaragoza. Llegó a la ciudad el 11 de octubre, justo a tiempo para poder celebrar la fiesta de Nuestra Señora del Pilar.

A lo largo de los tres años siguientes no se le dio otra oportunidad que la de permanecer inactivo, y a menudo debió sentirse solitario e inútil. Si volvemos la vista doscientos años atrás, vemos a un hombre, lleno de un proyecto misionero dinámico, forzado a madurarlo durante su largo exilio y en un silencio impuesto. Desde la perspectiva que nos da el tiempo y que juega a nuestro favor, somos capaces de ver que ese largo destierro fue providencial, madurando al Fundador con una gran profundidad de oración y de sumisión a la voluntad de Dios, enriqueciendo al mismo tiempo su sentido del papel de María, asimilando ansiosamente la motivación y perseverancia necesarias para el proyecto que iba a dominarlo el resto de su vida. Pero por aquel entonces su destierro tuvo que parecerle un gran paso atrás sin sentido alguno.

Me han impresionado las reflexiones sobre este bicentenario en Zaragoza, aparecidas recientemente en el Boletín de la Provincia de Chile.

“Hoy nosotros estamos viviendo una época que requiere un gran esfuerzo, en la que desarrollamos un trabajo de muchas exigencias y al que nos entregamos plenamente. Y el dejarnos llevar por el sentimiento de que es ineficaz y muchas veces estéril, es una tentación que está siempre latente. Para superar esta situación, planificamos y continuamos planificando cada día más trabajos y proyectos. Da la impresión de que en vez de enfrentar el futuro con más esperanza, nos estamos evadiendo. ¿No sería mejor hacer un paréntesis en nuestras vidas para revalorizar más la oración profunda, la vivencia de nuestro carisma y así recuperar la confianza y el entusiasmo por nuestra vocación?...”

El P. Chaminade volvió del exilio renovado y decidido. El resultado de su actitud está a la vista de todos. No escatimó esfuerzos para poner en práctica el: "Tal como os veo ahora, os vi hace muchos años en un abrir y cerrar de ojos."
A la luz de estas breves reflexiones, ¿cómo encaramos nosotros, marianistas de hoy, el futuro milenio? ¿Estamos dispuestos a continuar haciendo realidad en la iglesia y en el mundo actuales, lo que el Fundador concibió durante sus años de exilio?"

Ojalá que el centrarnos en Jesucristo, considerándolo como el hecho fundamental de nuestra vida, y el recuerdo del bicentenario de Zaragoza sirvan para estimularnos este año, al mismo tiempo que continuamos nuestro trabajo de "misioneros de María".

La Vitalidad en "Nuestro Proyecto Misionero"

Ciertamente, el tiempo que le tocó vivir al Padre Chaminade y al círculo de sus discípulos fue de una vitalidad extraordinaria y de un gran sentido de urgencia para ellos y los cristianos. El Padre Chaminade respondió a la situación de su tiempo con lo que recibe a menudo el nombre de "proyecto misionero", que suscitaba un gran dinamismo entre sus seguidores. Sería bueno reflexionar durante un momento sobre el sentido de esas dos palabras: "proyecto misionero".

Para nosotros, dentro del concepto implicado en esas dos palabras, "proyecto" no es un trabajo particular, algo así como una tarea que tenemos que hacer o un programa para tratar de mejorar una situación concreta, cualquiera que sea ésta -por ejemplo, el problema de la vivienda, el de un lugar de esparcimiento para los niños pobres, el de ofrecer una comida caliente a ancianos desfavorecidos, o el de mejorar la calidad de la enseñanza en cualquier rama en un centro educativo. Tomar la palabra "proyecto" en cualquiera de esos sentidos es algo pragmático, orientarla con unas miras estrechas hacia un objetivo particular, a menudo filantrópico. En contraste con esta interpretación, cuando en el contexto nuestro nos servimos de la palabra "proyecto", hacemos referencia a algo que abarca mucho más y que tiene una visión mucho más duradera; se trata de algo que una persona o un grupo "proyecta", es decir, que se trata de algo que se propone para el futuro. Nuestro "proyecto", en este sentido segundo de la palabra, es lo que miramos como meta a conseguir. Es el centro de nuestras esperanzas y lo que da vitalidad y dinamismo a nuestros esfuerzos. Es lo que motiva todos nuestros actos. Es lo que sitúa todos los esfuerzos prosaicos de la vida diaria en un contexto, pleno de sentido y de inspiración, lo que hace que nuestros actos se carguen de finalidad y urgencia.

En ese sentido, "proyecto" no debe significar algo demasiado pequeño y pragmático. Es como una línea curva que define de algún modo la infinitud del horizonte y que nos mantiene en movimiento hacia delante con convicción y energía. Quizá nuestras dificultades hoy tengan su origen, en parte, en el hecho de que hemos perdido la visión de tal proyecto, o que nuestro proyecto es a veces demasiado pequeño, no tiene una amplitud suficiente como para galvanizar nuestras energías o inspirar las de los que puedan unirse a nosotros.

El proyecto del Padre Chaminade puede ser calificado de "misionero". El uso de esta palabra referido preferencialmente a los "países extranjeros" fue algo que llegó más tarde. En su tiempo la palabra "misionero" sugería, en primer lugar, la imagen de un predicador itinerante, que iba de pueblo en pueblo, en las zonas rurales, para animar el fervor de la gente cuya fe había perdido frescura o cuyas prácticas religiosas cristianas se habían hecho totalmente pasivas. Se servían para ello de una especie de retiro, conocido como "misión

parroquial". Cuando el Padre Chaminade soñó con el título de "misionero apostólico", pensó en esta última acepción de "misionero." Cuando decía a los primeros marianistas "todos sois misioneros," pensaba en que todos deberían estar dispuestos a vivir y a actuar, donde quiera que estuviesen, como "misioneros permanentes", para animar la fe e inspirar un amor verdadero y firme al servicio del Evangelio.

Imágenes del "Proyecto Misionero Marianista"

Partiendo de esa visión sobre el "proyecto misionero", y para conseguir un punto de partida que nos ayude a reflexionar, me gustaría recordaros tres bloques de imágenes de las que se servía el Padre Chaminade cuando intentaba explicar su proyecto misionero hace doscientos años.

Punto de Apoyo para la Palanca que Mueve el Mundo

En respuesta a las objeciones contra sus Congregaciones y a la forma en que él las dirigía, el Fundador escribió en 1824 que, por entonces, todos los que se molestaban en pensar, buscaban un nuevo "punto de apoyo" para la "palanca que mueve el mundo moderno" (Espíritu de nuestra fundación, III, p. 235, versión inglesa). ¡Una imagen con enorme fuerza, y que nos cuestiona de muchas formas, a nosotros, hombres de hoy! ¿Dónde tenemos que colocar nosotros el punto de apoyo de la palanca, es decir, centrar nuestros esfuerzos, si queremos mover los corazones y las mentes del mundo actual? ¿Cuál es el secreto que galvaniza una energía popular tan impresionante alrededor de determinadas tendencias y movimientos, para lo mejor y para lo peor, y deja a otros movimientos sin fuerza, desprovistas de toda influencia? En realidad, ¿dónde están los puntos de apoyo de las palancas que nos mueven a ti y a mí? ¿Cuál es el secreto que libera las energías de nuestros corazones? Quienquiera que tenga un "proyecto" se detendrá a pensar sobre la pregunta y buscará la respuesta.

La Inundación y la Antorcha

En su carta al Papa para pedir la aprobación de sus fundaciones, en el mes de septiembre de 1838, el Padre Chaminade decía que la Familia Marianista era como "una presa barroqueña contra la inundación del mal", una protección contra la marea del mal que amenazaba con anegar el mundo. Y la fe era como la "antorcha" para iluminar la oscuridad, una antorcha que ardía con una intensidad baja y necesitaba ser reavivada. "El cielo me inspiró, en los primeros años de esta centuria" -escribía en el mes de septiembre de 1838-, pedir a la Santa Sede el título de Misionero Apostólico, para avivar y reanimar en todas partes la antorcha divina de la fe, con el testimonio ante un mundo, que no acabaría de creérselo, de una masa impresionante de cristianos católicos... que, perteneciendo a unas asociaciones especiales, practicarían nuestra santa religión sin ningún respeto humano, en toda la pureza de sus dogmas y su moralidad". (Cartas del Padre Chaminade, n.º. 1076).

Os invito a meditar y a reflexionar en vuestras oraciones sobre estas imágenes. ¿Sentís alguna inundación de mal a vuestro alrededor? Si es así, ese sentimiento contribuirá a daros un sentido de urgencia. Pero quizá las imágenes puedan pareceros no sólo un poco desordenadas, sino incluso hasta un tanto exageradas. En ese caso, ¡poned de nuevo la máxima atención en el panorama que os rodea, no vaya a ser que seáis vosotros los equivocados! Algunos ven, por ejemplo, el neoliberalismo económico, evangelio del libre mercado de la economía, como la "inundación del mal". Otros ponen el acento de esa

inundación en el consumismo, el sexismo y el racismo en los medios de comunicación. Otros la ven en la pobreza desesperada a la que está condenada una masa ingente de personas. Otros, en el hedonismo sin sentido y estéril, sin dios alguno, que amenaza con anegarnos a todos. El documento sobre "*Las Características de la Educación Marianista*", nos recuerda que hoy, una educación marianista realista es una "misión desafiante" frente a la pobreza agobiante y las hambrunas... las guerras sangrientas y la indescriptible opresión política... el hambre de amor, el hambre de Dios" (p. 13). Si no ves que estamos rodeados por una marea de males, ¿cómo interpretas nuestro mundo?

¿Es posible que una cultura del mal coexista con muchos signos de gracia, como las rosas entre las espinas, o el trigo y la cizaña? ¡El Fundador, que defendía a menudo los aspectos positivos de la Revolución Francesa, era de esa opinión! No es fácil responder a estas preguntas, y tenemos la tentación de eludir esas preguntas porque son tremendas por sus consecuencias. Pero vivir inmerso en ellas, con honradez, nos ayuda a alcanzar un espíritu clarividente y decidido.

¿Y qué decir de la imagen de la "antorcha de la fe divina?" ¿Dónde está ardiendo en el medio en el que vives inmerso a diario? ¿La vives como cercana e intentas hacer partícipe de ella a otros?

La Lucha Contra el Abismo Infernal Bajo el Estandarte de María

El año siguiente, 1839, cuando ya estaba cerca de los ochenta, el Fundador siguió ofreciendo otra serie de imágenes al mismo tiempo que comunicaba a sus discípulos el hecho de la aprobación por parte de Roma. A la hora de transcribir esas imágenes fue ayudado por algunos de sus jóvenes discípulos, en especial por el inquieto e inquietante Padre Roussel. Quizá el Fundador, que era un alma más tranquila, más reservada, lo habría hecho de una forma más sobria. Pero las imágenes que emergen en la famosa carta del 24 de agosto de 1839, son las que se han convertido en las de mayor fuerza comunicativa a la hora de hablar a los marianistas de la urgencia del proyecto misionero.

Difícilmente su punto de vista sobre el mundo podría ser más oscuro y desolado. El Padre Chaminade dice que el mundo está, en realidad, en una situación infernal: "las profundidades del abismo del infierno están arrojando densas nubes de humo negro y pestilente, que amenazan con envolver al mundo entero en las oscuridades de la noche, sin bien alguno, pura maldad, una oscuridad que es impenetrable a los rayos del dador de la vida y Sol de Justicia". Se repite, pues, la imagen de la antorcha: "la antorcha divina de la fe apenas arde en el corazón de la cristiandad". Su visión del futuro inmediato no goza de más brillantez: "parece que se acerca el momento en el que vamos a ser testigos de una defección generalizada y de una apostasía universal".

¿Cómo suena hoy en nuestros oídos este análisis? Puede tenerse en cuenta que lo tétrico de la descripción debe algo a una mentalidad apocalíptica de la Iglesia de Francia en aquel momento, y también al estilo oratorio de la época. Pero pienso que, a pesar de todo, la definición de la situación de entonces sigue siendo válida para definir la nuestra. ¡Seguro que hay días en los que todos nos sentimos exactamente como se sentía el Fundador! Y quizá no estemos demasiado equivocados cuando tenemos esa sensación de oscuridad. ¿No es verdad que nuestros mejores esfuerzos chocan a menudo con los mayores obstáculos? ¿Y no nos pasa que a veces nos damos por vencidos muy pronto? (Por eso el Padre Chaminade colocaba la resistencia a las "sugerencias" como paso clave en el trabajo de la purificación personal).

¿No es cierto que tenemos que enfrentarnos a males impresionantemente fuertes, a dificultades que debemos vencer, si, como el Fundador, queremos ser un factor importante de bien social? ¿Y no nos pasa que a menudo apuntamos muy bajo en nuestros proyectos porque carecemos de la esperanza de conseguir con ellos algo que valga la pena?

Cuando el Fundador intenta transcribir las líneas maestras de una respuesta a este análisis tremendamente oscuro del mundo de su tiempo, nos presenta otra serie de imágenes, muchas de las cuales tienen que ver con María. No tenemos que desanimarnos, dice, porque su poder "no ha sufrido mengua alguna". Ella sigue siendo la "Mujer prometida que aplastará la cabeza de la serpiente infernal". Es como un general del ejército de Dios y "tenemos que alistarnos bajo su bandera", para "luchar contra los poderes del infierno". Lo mismo que los jesuitas, cuyo empuje misionero está definido por su elección fundamental entre dos "banderas" bajo las que luchar, también nosotros tenemos nuestro "estandarte", la bandera bajo cuyos colores nos enrolamos, y ésta es la de María.

Os invito a que interioricéis también esas dos imágenes. Las imágenes militaristas no entusiasman demasiado en nuestros tiempos, los más militarizados y artífices de muerte de la historia de la humanidad. Nuestro fervor por la paz y la no-violencia no deben convertirse en una especie de suavidad anémica, desvirtuada, sin resortes. Al asociar algunas imágenes militares con María, el Padre Chaminade no intentaba hacer un panegírico de las realidades o las glorias de la guerra, sino más bien hacernos ver cómo esta mujer ingeniosa, virgen dulce, es para nosotros una fuente de la clase de lucha heroica y compromiso urgente que se necesita para enfrentarse a los retos de nuestros días. Esta imagen fuerte y dinámica de María es precisamente la que esperan muchos hoy, cuando resaltan el dinamismo del papel de la mujer en una sociedad que es claramente masculina y sexista. A menudo la gente piadosa tiene una visión desvaída y pasiva de María, y eso puede llevarles a ser ellos mismos desvaídos y pasivos. Hace poco tiempo inauguramos una vidriera con la imagen de María luchando contra el dragón (como aparece en el Apocalipsis 12), en una nueva capilla en la India. Causó extrañeza a muchas personas. ¿Vuestra imagen de María concuerda con la de una persona de gran empuje y dinamismo, empeñada en una batalla? Realmente, ésta era la imagen que el Fundador tenía de María.

¿Hasta Qué Punto es Urgente Nuestro Proyecto?

Creo que es importante para nosotros, marianistas de hoy, reflexionar con la ayuda de estas imágenes sobre nuestra vitalidad en la misión, porque tengo la impresión de que a muchos nos cuesta sentir la urgencia de nuestro proyecto misionero. En el caso de muchos de nosotros, la buena educación recibida hace que nos sintamos como en casa en el mundo de hoy. Unido a nuestra madurez y experiencia, eso puede darnos una cierta sabiduría, que hasta cierto punto nos ayuda. Pero puede también hacer crecer mucho el conformismo, el sentirnos cómodos con la cultura, tal como ésta se da hoy, lo cual ya no representa en absoluto una ayuda. Al cabo de doscientos años, nosotros, los marianistas, podemos haber caído en algunos casos en un estado de "perfectos instalados", confortablemente acomodados a las cosas tal como son ahora.

Como a una buena parte de la Iglesia, nos puede faltar garra, podemos sobrevalorar los aspectos positivos del statu quo, podemos ser demasiado condescendientes, demasiado dubitativos y nerviosos en relación con nuestros compromisos a la hora de una posible conversión o transformación. A veces, nuestro proyecto misionero no tiene suficiente empuje. Necesitamos volver a encender nuestra hoguera interior, pensar y actuar con mayor atrevimiento. Necesitamos querer decir eso cuando rezamos a diario "Venga a nosotros tu

reino". La teología bíblica nos dice que el Reino de Dios tiene la ambivalencia de que "está ya aquí", aunque "todavía no". Pero pienso que con demasiada frecuencia, algunos de nosotros, cristianos de nuestro tiempo, actuamos como si ya estuviéramos gozando enteramente de nuestro confortable pequeño reino y nos sentimos muy felices viviendo de una forma muy poco comprometida por la urgencia el "todavía no".

Se hace cada vez más evidente que un cierto modelo de renovación de la Iglesia y de renovación y adaptación de la vida religiosa no está funcionando. Las repercusiones del Vaticano II nos hicieron pensar profundamente en la nueva apreciación del bien y de la belleza del mundo que nos rodea, lleno de la presencia de Dios. Pero quizá queríamos tocar con nuestros dedos esa presencia de Dios a un precio demasiado barato. Quizá pensamos durante algún tiempo, sin demasiado fundamento, y con un optimismo ingenuo, que sería fácil encontrar y comunicar esa belleza divina, sobre todo haciendo desaparecer todo pesimismo jansenista del pasado. Quizá, a veces, llegamos a pensar que estábamos afirmando la belleza y el bien de la creación y que llevábamos a la Iglesia a entrar en contacto con el mundo moderno, cuando de hecho estábamos consintiendo que los demonios meridianos de la comodidad, del consumismo y de un esteticismo de moda hicieran presa en nosotros. El "proyecto" resultante de la vida religiosa está lejos de la intención del Concilio, puede ser banalizado y estar a falta de una doctrina y vida espiritual sólida, convertirse en un profesionalismo eclesiástico, propio de una clase media.

Sin duda exagero un poco. Pero si hay una parte de verdad en este análisis, no es una sorpresa que hoy, a menudo, no comuniquemos un sentido de urgencia ni despertemos las inquietudes de muchos, no suscitemos entusiasmos extraordinarios. No es una sorpresa tampoco que nosotros mismos, al cabo de cierto tiempo, perdamos nuestro fuego interior y la intensidad de la entrega a nuestra vocación. Creo que la urgencia de un proyecto misionero dinámico sólo es posible si palpamos una gran necesidad, de "entidad" suficiente y con bastante garra. Sólo una realidad así puede hacerse merecedora de la dedicación a ella de nuestros mejores talentos durante mucho tiempo. Especialmente hoy, cuando la gente se siente tan impresionada, y con razón, por la formidable dificultad de una entrega para toda la vida, y por ese reto que es el voto de castidad, sin mencionar los demás votos, no habrá muchas personas honestas y capaces que quieran hacer ese sacrificio si no se sienten motivados por un proyecto misionero suficientemente grande que, a sus ojos, justifique el sacrificio.

Por eso, sería bueno centrar nuestra reflexión en las imágenes que de verdad nos motivan, en las cosas sobre las que sentimos cierta urgencia. Puede haber otras imágenes sobre nuestra vocación que nos llamen la atención, y podemos estimularnos mutuamente compartiéndolas. Pero, si somos honrados, es posible que veamos con claridad que la verdadera motivación dinámica tiene poca cabida en nuestras vidas. Hoy, los anuncios y la televisión nos llenan interiormente de incontables imágenes y tienen bastante éxito a la hora de crear necesidades artificiales, pero sentidas como reales. "Donde está tu tesoro, allí está tu corazón", dijo Jesús (Mat. 6, 21). Lo que de hecho nos mueve puede estar a veces lejos del empuje de nuestro carisma. Un buen examen de nuestra motivación es capaz de llevarnos a rezar y a trabajar por una auténtica conversión.

Distintas Situaciones

Mis visitas a lo largo del año pasado me han convencido todavía más de la importancia de un proyecto apostólico para promover la vitalidad de nuestra vida marianista.

He visto con claridad que esa reanimación del proyecto misionero marianista que comunicamos a los demás es más apremiante en algunas situaciones que en otras.

En algunos casos la situación misma circundante provoca una respuesta urgente. Se trata precisamente de los países en los que tenemos un buen número de vocaciones y un movimiento de laicado marianista con gran vitalidad. No hace falta ser demasiado perspicaz para sentir la gran necesidad de responder a las demandas de los pobres en África o en la India, y los marianistas, en general, llevan un buen número de obras muy relacionadas con este proyecto exigente, impulsor. En países con masas de cristianos jóvenes y adultos maduros, recientemente bautizados -pienso ahora sobre todo en lo que he visto en Corea, en Costa de Marfil, en Togo y en el Congo-, es hasta cierto punto más fácil sentir la necesidad urgente de la formación en la fe y de responder con programas que llegan a formar comunidades fervientes de fe. En algunos países donde recientemente religiones con gran espíritu proselitista -el Islam en algunas partes de África, el Hinduismo en la India, algunas sectas fundamentalistas cristianas en África y en América Latina, - atacan a la Iglesia de forma agresiva-, es natural sentir la urgencia de la misión de la formación en la fe. En lugares dominados por la pobreza y por regímenes socioeconómicos carentes de sentido de compasión por las necesidades y derechos humanos, la urgencia se hace muy natural. En países tan diferentes como Colombia, Irlanda y el Congo, nuestros hermanos viven muy cerca de la violencia y de condiciones muy parecidas a la guerra declarada. En ellos no hay demasiada necesidad para convencer a los marianistas de que su trabajo de solidaridad con los pobres y con los creadores de paz es urgente.

Es más difícil sentir la urgencia de un proyecto apostólico apremiante en sociedades con un índice alto de bienestar. Estas sociedades se caracterizan, con frecuencia, por un vacío en las vidas de muchas personas, y por una ausencia de valores y compromiso, por algo muy parecido a la indiferencia respecto a Dios y a todo lo que signifique trascendencia. Los marianistas que trabajan en esas situaciones forman claramente parte de los que piden algo más que lo que están viviendo. Pero, ¿cómo llegar a concretar un proyecto que hable con urgencia a las personas que parecen no tener interés alguno en la trascendencia, que han perdido la sensibilidad espiritual? Podemos estar haciendo en esos lugares un trabajo excelente, fructífero y apreciado por muchos, pero nuestro proyecto misionero fácilmente se convierte en algo vago y amorfo, y a menudo eso hace que nos desanimemos.

Es cierto que en alguna parte subsiste todavía un núcleo de creencias e idealismo, hasta en las sociedades más secularizadas y que gozan de la máxima comodidad, a menudo bajo capa de una cultura popular sofisticada y hastiada. Se da un deseo por alguien o por algo en lo que valga la pena creer, que merezca la entrega de la propia vida. Hoy muchas personas se sienten desenraizadas y perdidas en una búsqueda llena de confusiones, con temor al vacío de sentido, a la pérdida del sentido moral y del idealismo. Los jóvenes idealistas y sus padres, enfrentados a la tarea de ofrecer valores a sus hijos, se ven especialmente inclinados a sentir de esta manera. Buscan algo. ¿Somos incapaces de encontrar la manera de compartir un proyecto marianista lleno de vitalidad, que canalizara su energía espiritual, que diera curso a las fuerzas de esos deseos? Creo que ésta sería hoy la misión más importante de los marianistas.

Algunas Urgencias de Dudoso Valor

Pero quizá, como en mi caso, no os sentís a gusto en la Iglesia de hoy con algunos que se creen movidos por lo que piensan que es un proyecto misionero urgente. Porque se da una

respuesta relativamente simple al dilema de nuestro mundo, y es refugiarse en un proyecto de vida, de líneas muy claras, simplista.

Algunos grupos se entregan de forma casi fanática a lo que yo llamaría un proyecto "involucionista." Todo marchará a la perfección si se vuelve a la edad de oro, a la manera en la que solían ser las cosas, cuando se daba una certeza sobre las verdades eternas, y una claridad transparente sobre las normas de conducta. Desde que la edad de oro se ha desvanecido, los proyectos involucionistas siempre se ven involucrados en un estilo agresivo, en un cerrar filas de los que abrazan el proyecto, en un mostrarse hostiles contra la decadencia de los tiempos modernos. En ciertos círculos católicos, los proyectos involucionistas se decantan a menudo por la misa en latín, por un tipo de cultura en el que se basaban las relaciones entre el clero y el laicado, que emergió a finales del siglo diecinueve, y por la condena de todo pluralismo en la doctrina, en el culto o en el estilo de vida. En los círculos protestantes esos proyectos dan paso a un fundamentalismo bíblico. En el mundo musulmán hacen una llamada a la restauración de la aplicación literal de las leyes tradicionales y pueden hasta llegar a dar por bueno el concepto de "guerra santa" contra los infieles. Los proyectos involucionistas se convierten hoy en la peor tentación para muchas personas. Son la mayor tentación por la ausencia de otros proyectos misioneros que arrastren, convenzan y respondan a las necesidades y demandas de nuestro mundo, confuso y lleno de temores.

Otros proyectos actuales no son realmente involucionistas. Merecen ser calificados más bien como "autoritarios" o "paternalistas". Se aglutinan alrededor de líderes poderosos de cuya boca emanan afirmaciones rotundas de orden religioso, que parecen responder al vacío y confusión espiritual. Estos líderes funcionan exigiendo a sus adeptos sacrificar sus juicios defectuosos y confusos en favor de la visión superior del líder. Es un sacrificio que se hace fácilmente en un mundo tan complicado como el nuestro. Algunos de los que se proclaman a sí mismos líderes evangélicos y morales parece que de esta forma llegan a manipular a grupos de seguidores. También se da el caso en que algunos auténticos líderes espirituales y morales, cuya intención no es la de crear ese tipo de grupos de seguidores, a veces generan un culto a la personalidad sin quererlo. Quienes les siguen se consideran a sí mismos como discípulos incondicionales del líder religioso, más entregados a éste que a la Iglesia de Jesucristo.

El Proyecto Misionero que Necesitamos

La mayoría de los marianistas rechazamos ese tipo de movimientos que acabo de mencionar. Pero, ¿cómo podemos encontrar un proyecto válido para el mundo de hoy que, teniendo garra, no llegue a ser fanático, que nos lleve a renovar nuestra fuerza interior y exterior, uno que sea suficientemente válido como para entregarle de por vida la castidad, la pobreza, la obediencia, la estabilidad y nuestro ministerio?

Creo que sabemos la respuesta, pero nos cuesta mucho tomarla en serio. Todo apunta en la misma dirección -exhortaciones que nos vienen de Roma, de los Capítulos Generales, estudios sobre temas tan diversos como las vocaciones, el ministerio juvenil, la educación cristiana y el trabajo en las parroquias. Un proyecto misionero que tenga fiabilidad para nuestro mundo contemporáneo, para la tradición de la Iglesia, y para el evangelio mismo, debe caracterizarse por tres elementos esenciales al mismo:

Primero, un proyecto misionero, con validez en el mundo de hoy, debe cultivar un profundo espíritu de fe y oración. Nuestra oración debe ser algo más que un volver a formas

anticuadas y más que una liturgia sin sabor alguno, de una mediocridad patente. Las personas hoy añoran una profunda experiencia contemplativa. No están satisfechos con un secularismo de moda y tampoco con una vida de oración externa, que no les haga "saborear y ver" al Dios del bien. Quieren una fe que los lleve a saborear la experiencia de la misma. Quieren algo que les relacione con su cultura pero que vaya más allá de ella, hacia nuevas profundidades. Buscan maestros de oración, y acudirán masivamente a lugares y a personas que les comuniquen una auténtica vida contemplativa. Esa comunicación por sí sola tiene una gran fuerza de atracción y motivación. Es un componente indispensable de un proyecto misionero atractivo en nuestros días.

En segundo lugar, la comunidad (ver CAMINOS DE ESPERANZA, nos 32-33), Un proyecto misionero con vitalidad debe invitar a profundizar en la fraternidad. El declive de la comunidad es uno de los problemas claves de nuestro tiempo, y cualquiera que ofrezca una experiencia con sentido de ella, como el Padre Chaminade hace doscientos años, convocará a su alrededor muchas vidas valiosas, y dará fuerza a la entrega de muchos seguidores. En nuestro tiempo. La palabra "comunidad" está usada en tantos contextos, que puede no evocar el fuerte sentido de solidaridad y de atención humana que necesitamos. La palabra "fraternidad" sugiere que el sentido de la comunidad en cuestión es mucho más que una especie de pertenencia a algo organizado, mucho más que una camaradería, revestida de una vaga cordialidad o alegría. Las personas que se sienten solas, sobre todo los jóvenes, anhelan un conjunto palpable de relaciones familiares reales, que algunos de ellos apenas han experimentado. Anhelan un sentido de entrega común, que da a las personas capacidad para asumir riesgos e intentar alcanzar juntos metas difíciles. Pero en nuestras comunidades marianistas es fácil conformarse con un tipo de individualismo, que llega a facilitar congeniar con el que se tiene al lado, un acuerdo conveniente y benevolente para convivir y para no interferir demasiado en la vida privada de los demás. En una comunidad así no surgirá un equipo apostólico fuerte. Evidentemente, esa situación no mueve a crear un proyecto misionero que arrastre. Pero allí donde las personas consiguen establecer un sentido cálido, de bienvenida, de auténtica fraternidad, y se comprometen juntas en una misión que vale la pena, ahí es donde se dará la respuesta a la necesidad de un auténtico proyecto apostólico fuerte y atractivo.

En tercer lugar, creo que no es una exageración decir que, en nuestro tiempo, cualquier proyecto evangélico estimulante está marcado por una preocupación eficaz en favor del pobre de Dios, del marginado y abandonado en nuestro mundo. (Ver CAMINOS DE ESPERANZA, nos. 41, 45). La comodidad de la clase media, las preocupaciones por los bienes de consumo, y una complacencia con las realidades de la vida sociopolítica, no despiertan entusiasmo alguno a seguir por ese mismo camino. Están tan a la orden del día que nadie sentirá una motivación especial para lanzarse a un compromiso dinámico, que va a involucrarlo de por vida. ¡No se necesita consagrarse a María o sacrificar toda la vida en pobreza, castidad y obediencia sólo para mantener un statu quo! Cualquiera que lo haga es que algo falla en él.

Hay muchas formas de comprometerse en una misión de solidaridad con los pobres y marginados, y ese compromiso debe hacerse en todos los apostolados e instituciones, pero la entrega necesita ser motivada, centrada en algo más difícil y claramente visible; el compromiso no debe ser demasiado intelectualizado. Debe ser algo más que un vago deseo de hacer el bien, si queremos que forme parte de un proyecto misionero que galvanice las energías de personas de nuestro tiempo.

CONCLUSIÓN

En último análisis, la urgencia de un proyecto misionero que arrastre no está determinado por circunstancias externas. Todos conocemos a personas que están ilusionados en el medio de las circunstancias las más ordinarias. Pienso, por ejemplo, en algunos de los grandes profesores marianistas que tuve. También conocemos a otros que parecen aburridos, desvirtuados, incluso ante retos realmente importantes. Las condiciones del mundo que nos rodea y la energía corporativa de nuestra comunidad religiosa ayudará o dificultará ese sentido de urgencia, pero en definitiva va a depender en gran parte de cada uno de nosotros como individuos. En este terreno, como en otras muchas otras realidades, "lo esencial es lo interior".

Por este motivo os invito a reflexionar en actitud orante, primero sobre vosotros mismos, más que en las actitudes de los demás, más incluso que en el ambiente de vuestra Provincia. ¿Qué proyecto misionero, de hecho, albergas en tu propia vida en este momento? ¿Sientes que té llena de energía interiormente, y es dinámico con relación a los demás, enrolándolos en una corriente de fe y compromiso? ¿Dónde estás con relación a los tres componentes esenciales a los que acabo de referirme, la oración, la fraternidad y los pobres? ¿Qué puedes hacer para reconocer y para salir de cualquier situación blandengue que notes a tu entorno personal o social?

Unámonos en el recuerdo y en la oración, durante este año en el que buscamos renovar nuestra entrega a la persona de Cristo, y año en el que también recordamos el largo y orante exilio de nuestro Fundador, bajo la orientación de María. Pidamos que todos nos sintamos revigorizados interiormente por un proyecto misionero que responda a las necesidades urgentes de nuestro tiempo.

Fraternalmente

David José Fleming, S.M.
Superior General, Misionero Apostólico.